

# Aguas aéreas

## El cuervo y el cisne

David Huerta

En el *Viaje del Parnaso*, poema entretenidísimo de Miguel de Cervantes, las diferencias entre los cisnes y los cuervos no pueden ser más radicales, más tajantes, más contundentes. El albo pájaro —habitante suntuoso de las aguas lacustres o fluviales— representa a la buena poesía y a los poetas de mayor calidad; el cisne aparece en el estandarte de los escuadrones encargados de defender el Parnaso de una agresiva multitud dispuesta a tomar por asalto el dominio apolíneo de las Musas. Por el contrario, el cuervo está impreso o bordado en el otro estandarte, el de los enemigos de Apolo, de las Musas y de Miguel de Cervantes, listos para el asedio del monte sacro. A los malos poetas los representa el ave negra y ronca, de mal agüero, símbolo de la poesía de baja calidad.

Desde luego, Miguel de Cervantes milita en el ejército de los buenos, ni qué decir tiene: es el “Adán de los poetas”, fórmula con la cual ha sido saludado, al principio de esas “jornadas parnasianas”, por el dios Mercurio, mensajero olímpico de Febo-Apolo. Pero en un pasaje muy significativo, y a mi juicio también muy revelador, Cervantes confiesa tener porciones de ambos pájaros, del cisne y del cuervo; lo hace al explicar a los lectores su honradez como poeta y su relativo desdén de la riqueza.

Afirma Cervantes: “yo soy un poeta desta hechura”, es decir, un poeta honrado y preocupado de los bienes materiales. De inmediato agrega estos versos para completar el cuadro con una especie de apunte autobiográfico-poético, diciéndonos cómo se ve a sí mismo en tanto poeta:

...cisne en las canas, y en la voz un ronco  
y negro cuervo sin que el tiempo pueda  
desbastar de mi ingenio el duro tronco.

La blancura de las canas emparenta el pelo del poeta con el plumaje del cisne. El cisne canta en momentos de agonía, desvanecido por la desgracia amorosa —canta desencantado, despechado, embargado por una tristeza profunda, según la simbología poética, y muere poco después. He ahí la poesía lírica en la plenitud de su vertiente lastimera.

En el habla común se dice: un poeta, o un autor, consiguió componer en la ancianidad un poema, o un libro, muy bueno y en ello leemos su “canto del cisne” —por ahí va la cosa en ese terceto del *Viaje del Parnaso*, según mi muy personal y viva impresión. Cervantes quiere decirnos, entonces, sencillamente: canto en la cercanía de la muerte y mis canas son como el plumaje del cisne pues soy el “Adán de los poetas”.

El cuervo ronco y negro es la antítesis del poeta melodioso, lírico y trágico. El canto —Cervantes dice “la voz”— de esa criatura es ronco, y por lo tanto desagradable, inarmónico, poco o nada poético. No es imposible estar aquí ante algo ya señalado por los estudiosos de la vida de Cervantes y quizá refrendado en este contexto: su tartamudez. Hay negrura en la vida de Cervantes, sin duda: es un “cuervo negro”; pero también es poeta: un cisne. El elemento corvino coexiste aquí, entonces, con la blancura de la pureza poética pues nos encontramos ante un “ingenio lego”, ante un escritor imperfecto, ante un poeta poseedor de los ideales del cisne y de las realidades del cuervo.

En el prólogo a las *Novelas ejemplares*, leemos lo siguiente: “he quedado en blanco y sin figura, [y] será forzoso valerme por mi pico, que aunque tartamudo, no lo será para decir verdades, que, dichas por señas, suelen ser entendidas”. Es notable en esta

declaración la aparición de la palabra “tartamudo”, con todas sus letras: ¿era Cervantes tartamudo? Es muy posible. Con él tendríamos una extraña genealogía de autores tartamudos, entre ellos los ingleses Lewis Carroll y el joven novelista David Mitchell, autor de *Cloud Atlas*, novela con acentuados rasgos cervantescos.

Una voz muy querida y muy sabia me hace ver la posible nota ovidiana en ese pasaje del prólogo a las italianizantes *Novelas ejemplares*, elogiadas por Lope, curiosamente, algunos años después de muerto su rival Cervantes: en el Libro II de las *Metamorfosis* se habla, en el contexto de la historia de Apolo y Coronis, de la charlatanería del cuervo, ave antes blanca, metamorfoseada en pájaro negro por la decisión punitiva del dios solar.

Tendríamos, así, frente a esos pasajes cervantinos, dos o tres elementos de la fisonomía del cuervo: su ronquera, su tartamudez, la negrura de su plumaje. Y una nota moral: la voluntad o la vocación para decir la verdad.

La repetición del tosco graznido equivaldría, entonces, a la repetición pedregosa en la voz del tartamudo. La visión doble de Cervantes ante su propia poesía quedaría completa: con algo del cisne y otro tanto del cuervo. El tema de la senectud obsesiona, desde luego, a Cervantes, modelo del escritor de muchos años, capaz de dar al mundo auténticas obras maestras —en este sentido, Victor Hugo y Walt Whitman son descendientes del español.

Vuelve a la memoria otro verso autorretratístico del *Viaje del Parnaso*: “Yo, socarrón; yo poetón, ya viejo...”. La rima interna en *-ón* destaca el humor afable de este apunte. El propio Francisco Rico, editor ejemplar de Cervantes en el siglo XXI,

ya había destacado esa nota en la personalidad de Cervantes: su socarronería. Me imagino a Cervantes muy semejante, por su conducta en la conversación, a Arthur Rubinstein, otro genio socarrón: quien haya visto y oído alguna entrevista del pianista polaco, entenderá lo dicho aquí. Mi padre tenía una gestualidad parecida a la de Rubinstein, rasgo destacado o descubierto, en ocasión memorable, por mi hermana Andrea.

¿Son los cuervos socarrones? Su inteligencia es indudable y su actitud, interpretada con un cierto criterio antropomórfico, sería, acaso, la de individuos *socarrones*.

Evoco sin falta a un poeta inglés cuando oigo hablar de cuervos: el inmenso Ted Hughes. Paralelamente, evoco sin falta a un enorme poeta nicaragüense cuando se habla de cisnes: Rubén Darío. Lejos estaría de identificarlos, respectivamente, con esas dos aves: Hughes es para mí, más bien, un lobo o un gavilán. Darío no podría ser, jamás, un cisne: lo veo más bien como un oso o como un tapir. Sin embargo, cualquier lector de poesía está al tanto del genio con el cual escribieron estos dos acerca de cisnes y cuervos.

El libro de Hughes titulado *Crow* (1972), vertido al español con brillo por Jordi Doce, juega con el simbolismo del cuervo en diferentes ámbitos culturales, con especial atención a las leyendas de los indígenas canadienses de la costa del Océano Pacífico, formidables constructores de tótems, muchos de ellos en forma de cuervo. El cuervo es para ellos el *trickster*, el bromista y engañador, semejante al bullicioso y relampagueante dios nórdico llamado Loki. Como para muchos, uno de los primeros libros de Hughes, o el primero, fue para mí *Crow*. En él hay piezas extraordinarias sobre el mundo animal. La última composición llegó a obsesionarme durante algunos meses: se titula “Littleblood” y habla de una criatura diminuta y misteriosa. “Pequeñasangre” es un mito sin historia; solamente tenemos de él un destello, una sombra vespertina, la silueta de su aparición sobre el dedo del poeta, un puñado de palabras, el poema donde aparece. Llegué a soñar con Littleblood como un cuervo microscópico en el centro de un triángulo formado por tres diversos mundos, a veces convergentes y casi siempre separados: el mundo de los vivos,



Michelangelo Buonarroti, *Leda y el cisne*, 1530

el mundo de los muertos, el mundo de los animales. Littleblood reina sin el menor poder en ese enclave triangular.

Rubén Darío le consagró una breve sección de su libro central, *Cantos de vida y esperanza* (1905), a los cisnes; ese puñado de poemas está dedicado “A Juan R. Jiménez” y vale la pena recordarlo siempre: la amistad entre el poeta maduro, Darío, y el poeta joven, Juan Ramón, es verdaderamente ejemplar y conmovedora.

Darío ve en el cuello de los cisnes un emblema de las preguntas últimas acerca del sentido de la existencia. El crítico francés Hervé Le Corre advierte un posible aprovechamiento de la homofonía *cygnel signe* (cisne/signo). En manos del buen afrancesado Darío, esa semejanza fonética justifica esa visión: la esbelta y larga s del cuello de los cisnes no es una letra sino un signo de interrogación:

¿Qué signo haces, oh Cisne, con tu  
encorvado cuello  
al paso de los tristes y errantes soñadores?

Darío también vio con lúcidos ojos a los cuervos, como en este verso del mismo libro de 1905:

Un gran vuelo de cuervos mancha el  
[azul celeste.

El tema de los dos pájaros —tema doble o par de temas, según se vea— es de una riqueza enorme: variedad, abundancia, amplitud; al mismo tiempo, profundidad simbólica, multiplicidad significativa.

Podría ahora mismo, sin un esfuerzo especial, tapizar estas páginas con citas sobre

cisnes y cuervos de los dos más notorios y espesos diccionarios de símbolos de mi biblioteca: el de Chevalier-Gheerbrant o el del poeta sabio Juan Eduardo Cirlot; pero, sin duda, sería hacer trampa —transcribir, así nomás.

Cisnes, cuervos: podrían averiguarse y examinarse cientos de datos, historia, metáforas e imágenes sobre esas aves y quedaría todavía mucho por explorar. Unos cuantos nombres dan idea de ese mundo abigarrado, pobladísimo: el mito de Leda, los cuervos septentrionales Munin y Hughin, el rey decadente Ludwig de Baviera, el poeta alcohólico Edgar Allan Poe, muerto en Baltimore durante una horrible jornada electorera. Ni siquiera he dicho nada, aquí, sobre los excelentísimos Garcilaso de la Vega y Luis de Góngora (en su tiempo, la admiración llamó a este último “cisne del Betis”, lo cual equivale a decir: sublime aeda-poeta del Guadalquivir). ¿Y el Cisne Negro del ballet más célebre?

Cuánto me gustaría investigar algo digno de ponerse en estas páginas sobre el extraño *Cisne de Apolo* de Luis Alfonso de Carvallo. O hacer pesquisas de orden antropológico o etnográfico sobre cuervos, zanates y urracas en la poesía de los mal llamados pueblos “primitivos”. El solo asomarme a la iconografía me da mareos: he aquí, por ejemplo, el tema de Leda y el cisne abordado magníficamente por Vlady; he aquí soberbios y chocarreros zanates de Francisco Toledo.

Queden aquí solamente, entonces, unos minúsculos apuntamientos amparados por nombres admirables e ilustres —Miguel de Cervantes, Rubén Darío, Ted Hughes. **U**